



**bam
bú**



KOKNOM
Una aventura
en tierras mayas

Núria Pradas

Editorial Bambú
es un sello de Editorial Casals, S. A.

© 2012, Núria Pradas
© 2012, de esta traducción, Anna Tortajada
© 2012, Editorial Casals, S.A.
Tel.: 902 107 007
www.editorialbambu.com
www.bambulector.com

Título original: *Koknom*

Diseño de la colección: Miquel Puig
Ilustración de la cubierta: iStockphoto

Fotografías del desplegable: Getty images
Ilustraciones: Montserrat Batet

Primera edición: septiembre de 2012
ISBN: 978-84-8343-205-1
Depósito legal: B-12979-2012
Printed in Spain
Impreso en Anzos, S. L.
Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Te' **Árboles**



El vértigo de la caída lo sorprendió por su violencia. La náusea le atenazó la garganta, le golpeó el pecho.

Pensamientos y sensaciones se confundieron en una espiral de miedo que le produjo mareos.

Estrechó la runa¹ en su puño, como si con aquel gesto pudiera evitar lo que estaba a punto de suceder.

Esta vez, el aterrizaje fue tan brusco que perdió el conocimiento.

Víctor se fue despertando de forma intermitente. Intentó abrir los ojos y le pareció que el mundo estaba boca abajo. Trató de moverse y soltó de inmediato un gruñido de dolor. A pesar de todo, intentó ponerse en pie, pero las piernas no le respondieron y un ramalazo de miedo le inundó el vientre.

1. Piedra que lleva escrito un signo del alfabeto de los pueblos nórdicos. En la aventura con los vikingos (*Raidho*), Víctor intercambió el escarabajo mágico de Egipto (*Heka*) por la runa vikinga.

Pasó el tiempo. ¿Quién sabe cuánto?

Tumbado, sin poderse mover, sin saber dónde estaba, con el miedo mordiéndole todo el cuerpo, fijó la mirada en la gran cúpula celeste que le hacía de techo. Mil puntitos de plata brillaban allí arriba. Su luz se filtraba entre los grandes árboles que lo rodeaban y vestía sus troncos de extraños reflejos azules.

Un rayo de luna flotaba en el aire, iluminando el suelo, los gruesos troncos de los árboles y los helechos, que parecían recortados entre las sombras.

—¿Dónde estoy? —murmuró Víctor.

Una ola de pánico lo estremeció. Solo, perdido, gimo-teando, se dejó llevar por un gran sopor, un cansancio tan profundo como nunca antes había sentido. Cerró de nuevo los ojos, mientras el extraño mundo que lo acogía se difuminaba y desaparecía en la nada.

Una sensación insoportable de calor lo azotó y le despertó.

Víctor no recordaba nada, pero levantó la cabeza con un gran esfuerzo y se miró. Reconoció las pieles que todavía llevaba puestas, y de inmediato le vinieron a la memoria el rostro enfurruñado de Eiríkr, los ojos claros y dulces de Asgerd y la expresión eternamente sorprendida de Cédric.

Había dejado atrás a los vikingos y la Isla de Hielo. Llevaba la runa en la mano como si fuera un sexto dedo, una prolongación de sí mismo.

No sabía dónde había ido a parar, pero fuera donde fuera, el clima era muy diferente del de las tierras que acababa de abandonar. Aquí hacía calor. Mucho calor. El aire era denso, cargado de humedad. Sudaba por todos los poros de su piel.

Poco a poco, y tratando de aguantar el dolor que aún sentía en las costillas, se levantó. Lo primero que debería hacer sería adaptar su vestuario a las nuevas circunstancias. Se desprendió de toda la ropa de abrigo: de las pieles, de la capa de lana e incluso de la camisola de lino. Le pareció que las botas le protegerían los pies y se las dejó puestas, aunque no se sentía demasiado cómodo con ellas.

¡Debía de tener un aspecto extraño! Si Eiríkr lo viera, sin duda se burlaría de él.

Fue entonces cuando empezó a observar el nuevo paisaje. Y a oírlo. Porque un sinfín de sonidos parecía salir de cada árbol para expandirse por todo aquel verdor que lo rodeaba: pájaros que acababan de despertar y agitaban las alas para ahuyentar sus pesadillas, monos que se llamaban de una rama a otra... Todo aquello formaba una cacofonía ensordecedora.

«Si esto es la selva, como parece, quiere decir que por aquí se esconden toda clase de animales más o menos salvajes, ¿verdad?», se preguntó Víctor, mientras el miedo, que creía mantener a raya, volvía a subirle por las piernas y lo hacía temblar.

Y es que la inmensidad que lo rodeaba lo hacía sentirse más solo y pequeño que nunca.

Tragó saliva y se aventuró a dar algunos pasos. Las hojas y las ramas crujían bajo sus pies y se convertían en un instrumento más de aquel inusitado concierto.

«Bueno, al menos aquí no hay vikingos feroces luchando a golpes de espada e incendiando poblados», pensó, intentando dárseles de valiente para sacudirse el miedo de encima.

Mientras avanzaba despacio, levantó los ojos hacia las copas de aquellos árboles gigantes. Formaban una especie de cielo verde, impenetrable, por donde intentaba colarse la luz del sol. De ellas colgaban lianas, que eran como largas serpientes grises.

En el suelo, unas hormigas enormes y rojas transportaban larvas, hojas y cadáveres de insectos que eran diez veces mayores que ellas. Víctor dio un salto y se apartó de su camino.

«Solo son hormigas –pensó–. Si un puñado de hormigas inofensivas me hacen saltar, qué haré cuando me tope con...».

Se obligó a interrumpir sus pensamientos. Quizá fuera mejor atar muy corto a la imaginación y seguir avanzando. En alguna parte debía de haber gente, habitantes de aquella selva densa y frondosa. Lo acogerían. Lo protegerían. ¡Seguro!

–Hay que ser optimista –dijo, hablando consigo mismo. Y se puso a silbar mientras seguía andando–. Hace muy buen día para pasear por la selva y...

De pronto, le pareció que el sol se apagaba. Miró hacia arriba. Por encima de los árboles, el cielo se había vuelto lechoso.

–Parece que va a llover...

Lo dijo levantando la voz, como si quisiera advertir a los invisibles habitantes de los árboles.

Y al instante, la selva cayó sobre él convertida en una lluvia torrencial.

Víctor se protegió como pudo bajo un árbol. Aunque sabía que aquella no era una gran idea, ni siquiera era una

buena idea, la verdad es que no se le ocurrió nada mejor. Quizá su destino fuera morir achicharrado bajo un árbol en una selva desconocida. El destino, ya se sabe, tiene cosas muy extrañas.

Al cabo de unos cuantos minutos, y tras una tormenta que parecía que quisiera hacer desaparecer la tierra bajo litros y litros de agua, la lluvia se detuvo tan de repente como había empezado y la selva se iluminó tímidamente de nuevo.

Víctor se miró. Estaba chorreando. Se le habían mojado incluso las neuronas. Y si tenía que fiarse de aquel sol debilucho, tardarían un buen rato en secársele.

¿Qué podía hacer? ¿Adónde podía ir? ¿Qué comería? ¿Cómo sobreviviría? Las preguntas se le amontonaban en el cerebro haciendo crecer su miedo y su incertidumbre.

Quizá había abusado de la magia de sus amuletos y ahora sufría las consecuencias.

«Heka», pensó; y cerrando los ojos se vio de nuevo en el lujoso palacio de Tebas, con Tutmosis y Sitah².

¿Cuánto tiempo había transcurrido? Le parecía una eternidad, y quizá lo fuera; pero el tiempo es caprichoso, eso ya lo sabía. Quizá en la vida real, aquella en la que vivían sus padres, sus compañeros de clase, la gente que conocía y que lo conocían, el tiempo se hubiera detenido, esperando su regreso. O quizá no. Quizá si algún día volviera, ya no encontraría a su padre ni a su madre... ¡A nadie!

Si algún día volviera...

2. *Heka* («magia» en egipcio) es el primer libro de la serie «Grandes viajes». Transcurre en la corte de Tutmosis III, cuando el faraón aún era un niño. Sitah, que se convertiría en su primera esposa, también interviene en esta aventura.

Se dejó caer hasta el suelo y escondió la cabeza entre las manos. Las lágrimas le empapaban las mejillas. Aunque llorar no solucionaría nada –bien que lo sabía–, no encontraba ningún motivo para no hacerlo. Allí no había nadie. Nadie lo oiría llorar en medio de aquel alboroto...

¿Alboroto? ¿Qué alboroto? Víctor alzó la cabeza y escuchó con atención.

¡Silencio!

La selva, ahora, parecía muerta. Ni un solo crujido. Ni un solo gemido. Los pájaros habían enmudecido.

¡Silencio!

Silencio prolongado y pesado. Amenazador. Peor, mucho peor que aquel murmullo escandaloso que lo envolvía antes.

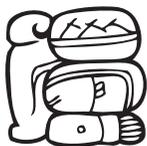
Se levantó de un salto, atento, en estado de alerta. Tenía la clara impresión de ser observado, de que unos ojos extraños lo acechaban. Y, de repente, un vuelo de pájaros hirió el aire y cayó sobre él una lluvia de plumas.

Oyó un silbido agudo y, al instante, una violenta quemazón le agujereó la piel.

Luego, nada más.

Otoot

La casa



Un sabor amargo le abrasaba la garganta. Tosió, y al hacerlo se incorporó.

Siguió tosiendo compulsivamente un buen rato. Estaba mareado, febril. Cansado por el simple esfuerzo de toser.

Pensó que iba a morir y volvió a tumbarse. Al menos, así, tumbado, estaría más cómodo para irse de este mundo.

Entonces oyó un murmullo de voces a su alrededor, respiraciones cercanas. Abrió los ojos. No veía nada. Solo sombras borrosas, figuras desdibujadas. Quizá no fueran otra cosa que fantasmas creados por la fiebre.

Sintió cómo uno de aquellos fantasmas lo sacudía y se admiró del realismo con que se le presentaban aquellas figuras imaginarias. Si se hubiera sentido más fuerte, si hubiera tenido ganas, incluso habría mirado cara a cara a aquella alucinación suya. ¡Y es que uno no tiene unos sueños tan reales todos los días!

Hasta que, ahora sí, una sacudida más fuerte que las anteriores le hizo abrir los ojos de golpe. La figura que tenía delante se fue aclarando. Los contornos de aquel rostro se fueron dibujando. Y, por fin, distinguió con claridad la cara redonda y oscura de un chico.

Intentó incorporarse, pero entonces aquella cara desconocida se duplicó.

«Antes no veía nada y ahora veo doble», pensó Víctor, en un breve relámpago de clarividencia, antes de tumbarse de nuevo.

No le costó quedarse dormido. Pronto sus sueños se vieron poblados de rostros que se mezclaban en una especie de danza inconexa y estrambótica.

Un guerrero de pelo rojo y aspecto feroz trepaba a una pirámide, mientras que una especie de hada de rostro dulce, con la cabeza llena de flores y una túnica blanca, le señalaba un camino que se abría en medio de una selva densa y temible.

—¡Sitah! —murmuró el chico entre sueños.

Alguien le refrescó la frente ardiente. Una mano amable y fresca. Una mano maternal.

—Mamá. ¿Eres tú?

Entre las brumas que la fiebre y los sueños habían tejido en su cerebro, percibió el rostro sonriente de su madre.

—Todo va bien. Todo va bien...

—Mamá... Hoy no quiero ir al cole... No me encuentro... bien...

Quizá habían transcurrido pocas horas; quizá una eternidad. La jungla se despertó; los helechos se agitaron

empujados por el viento. Las lianas ondularon entre las orquídeas. También él, Víctor, abrió los ojos. Ya no tenía fiebre, pero se sentía como si el cuerpo no le perteneciera; como si él, su voluntad, fuera por un lado y su cuerpo por otro.

Los recuerdos regresaron poco a poco a su memoria, aunque le costó distinguir entre lo que había vivido de verdad y lo que solo había sido producto de los sueños febriles de aquella noche.

Miró a su alrededor. Estaba echado sobre una manta fina. Todo el suelo estaba cubierto con aquellas mantas de dibujos y colores alegres.

Víctor buscó con la mirada una ventana, alguna abertura en aquellas paredes que parecían de adobe; pero no vio ninguna. Dentro del habitáculo en el que se encontraba, una cabaña seguramente, solo había algunos cestos de mimbre y cacharros de cerámica.

«Bien» –pensó–, quería encontrar gente y parece ser que la he encontrado». Y, a continuación, no pudo evitar especular acerca de adónde habría ido a parar esta vez, a qué época y dentro de qué historia.

De repente, oyó ruido de pasos y las siluetas de dos chicos, más o menos de su edad, se perfilaron en la entrada. A medida que se le acercaban, los rasgos de aquellos rostros se fueron perfilando y Víctor tuvo la sensación de que los conocía de antes. Le bastaron unos pocos segundos para poder identificar a los dos chicos: eran los mismos que había vislumbrado entre las nieblas de sus sueños aquella noche.

Casi se sorprendió de que fueran reales.